

## LA ORGANIZACIÓN DEL ESPACIO EN EL FUERO DE CÁCERES

*Julián Clemente Ramos*

Pese a no dar una información completa, los fueros extensos nos ofrecen detalles suficientes para acercarnos a la organización del espacio. Tomaremos como base el de Cáceres, objeto de nuestra memoria de licenciatura.

Algunos aspectos aparecen oscuros. Así, los comunales, de los que se nos informa poco y a través de referencias indirectas, lo que dificulta su estudio.

El espacio susceptible de ser utilizado aparece formando el alfoz o término concejil, en el que se incluyen diversas unidades de hábitat. En torno a éstas, villa o aldeas, se estructura el espacio. Éste tiene unas características similares independientemente del estatus del centro habitado, siendo las diferencias cuantitativas, atañiendo a la extensión, pero no cualitativas, no incidiendo prácticamente sobre la organización. Como señala acertadamente R. Pastor, las aldeas «permitían repetir, en escala reducida, la misma organización agropecuaria de las tierras»<sup>1</sup>. Normalmente, tras las distintas disposiciones aparece la expresión «en villa o aldea», que hace referencia a la aplicación, en una u otra, de idéntica normativa. Así, en relación con las tierras que forman un anillo de veinte estadales alrededor de un centro habitado, los prados a fuero, los espacios que se sitúan junto a las zonas de tránsito<sup>2</sup>. Si bien a veces no se especifica lo anterior, nada hace pensar que la disposición correspondiente se aplicara solamente en la villa. Por todo ello, las aldeas, reconocidas jurídicamente o no, tendrían un término propio en cuanto organizadoras del espacio agropecuario<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> R. Pastor, «Poblamiento, frontera y estructura agraria en Castilla la Nueva (1086-1230)», *CHE*, XLVII-XLVIII (1968), p. 212; en el mismo sentido, J. Gautier Dalche, «Formes et organisation de la vie rurale dans le 'Fuero de Cuenca'», *AEM*, 12 (1982), señala que «Quoiqu'il en soit, l'aldea est une réalité bien vivante. Elle a son propre terminus, certainement marqué par des moiones. Elle est le siège d'une communauté qui forme un concilium. Celui-ci règle, en application des dispositions du fuero, les problèmes qui se posent au niveau local. Il attribue, par exemple, au nouveau *populator*, un emplacement où édifier sa maison. Il peut disposer des biens sis sur son territoire. Mais l'autonomie des aldeas était limitée: le *concilium* de Cuenca pouvait leur imposer son volonté» (pp. 151-2).

<sup>2</sup> *Fuero de Cáceres*, rubr. 103, 113, 248; igualmente, 93 (Citamos por la edición de P. Lumbreras Valiente, *Los fueros municipales de Cáceres. Su derecho público*, Cáceres, 1974).

<sup>3</sup> El que se hable de pacer entre aldeas indirectamente conlleva el que éstas, de forma más o menos precisa, cuenten con un término, *Fuero de Cáceres*, 151.

El espacio articulado alrededor de los centros de hábitat aparece dividido en una parte más cercana, donde se asientan la agricultura y toda o gran parte de la ganadería estante, y otra que la rodea, y que engloba un espacio menos humanizado, donde se ubican los montes y las zonas de pasto primigeniamente comunales. Esto no aparece directamente especificado. Sin embargo, la referencia a cabañas de ganado entre las aldeas revela la distancia de estas zonas de pasto respecto del centro habitado<sup>4</sup>. Las normativas sobre la rálala y la ganadería muestran cómo son espacios alejados, situados en los *extremi*<sup>5</sup>. Estas realidades (no aparecen alusiones directas al bosque) remiten a la organización del espacio de las comunidades agrarias precapitalistas. En el fuero de Cáceres, se adivina una contradicción entre el interés ganadero y el bosque. No es la agricultura la que representa una amenaza para éste, sino los intereses económicos de la oligarquía local, única beneficiaria de los pastos de los *extremi*<sup>6</sup>.

El paisaje más humanizado que rodea a los centros de hábitat está sujeto a diversas normativas. En primer lugar, hay un espacio de veinte estadales alrededor de la villa o las aldeas donde prados, viñas o huertos deben estar cercados<sup>7</sup>, espacio en el que quizás no hubiese otros cultivos (cereal). Lo mismo debe hacerse (sólo se señala específicamente para los prados pero posiblemente fuera extensible a los demás cultivos anteriormente mencionados) en las proximidades de ejidos, caminos o dehesas concejiles, es decir, zonas de elevado tránsito ganadero<sup>8</sup>.

A esto se añade que ciertos cultivos estarán, en gran medida, agrupados en pagos. Nos consta para viñas y prados<sup>9</sup>, pero no para los huertos. Sin embargo, estos últimos, por circunstancias físicas, tenderían a concentrarse en espacios próximos a corrientes de agua, por lo que posiblemente no se repartirían irregularmente por todo el espacio agrario. Lo mismo podría decirse para los linajes<sup>10</sup>.

El sistema utilizado para impedir la proliferación de estos cultivos fuera del pago consiste en la limitación impuesta en cuanto a la extensión de los mismos, de veinte a cinco estadales para las viñas y de cuatro a seis aranzadas para los prados<sup>11</sup>. De todos modos, este detalle manifiesta que la concentración de los cultivos especializados es algo que se está gestando, no un proceso terminado.

El proceso anterior generaría, asimismo, la concentración de las tierras de cereal<sup>12</sup>, de forma que su continuidad física sería la norma, con la consabida excepción de los cultivos especializados situados fuera de su pago, que las salpicarían.

<sup>4</sup> *Fuero de Cáceres*, 151.

<sup>5</sup> *Fuero de Cáceres*, 431, 442, 460, 469, 419.

<sup>6</sup> J. Gautier Dalché. «Ibid», p. 164, se preguntaba si «La question se pose donc de savoir si l'éten-due de la zone consacrée aux cultures n'était pas limitée, par volonté aux activités pastorales et de chasse qui auraient ainsi bénéficié d'une sorte de priorité, ou bien parce que, en l'état des techniques, on ne pou-vait mettre en valeur que les meilleures terres».

<sup>7</sup> *Fuero de Cáceres*, 103.

<sup>8</sup> *Fuero de Cáceres*, 248.

<sup>9</sup> *Fuero de Cáceres*, 100 y 113.

<sup>10</sup> *Fuero de Cáceres*, 159: «los molinos ni las acenas non tolgan aguas ad ortos neque ad linajes».

<sup>11</sup> *Fuero de Cáceres*, 103 y 113.

<sup>12</sup> Lo mismo señala R. Pastor, «Ibid», pp. 204-5 (cercanías de Toledo y cuenca media del Tajo) y 213 (restantes zonas).

De este modo, los cereales marcarían la más importante impronta paisajística, con fincas quizás en algunos casos de extensión similar, lo que daría una cierta imagen geométrica<sup>13</sup>. Precisamente, es para la mejor utilización de estos espacios por lo que se tiende a la concentración de los demás cultivos minoritarios. Esto permite un cómodo aprovechamiento del barbecho por parte de la ganadería concejil, las «cabañas affumadas». De este modo, se evitan los problemas derivados de la mezcla de espacios de uso diferente<sup>14</sup>. Pese a todo, se adivinan realidades contradictorias, consecuencia quizás de tendencias no totalmente desarrolladas: la caloña de la quema del rastrojo no va a la comunidad concejil sino al propietario, aunque su uso no era individual<sup>15</sup>.

Independientemente de estas limitaciones, se perfilan unas tendencias claras de ordenación del espacio. En primer lugar, hay un dominio palpable de los campos abiertos. En los campos de cereal en ningún caso se señala la posibilidad de que estuviesen cercados, aunque es posible que así fuera en circunstancias especiales, como la de la proximidad a lugares de abundante tránsito ganadero. Esto ya sería suficiente para que esta característica impregnara el paisaje, dado el predominio cuantitativo de este cultivo. Pero, además, a esto se une que los demás, en gran medida, no estarían cercados, al menos las viñas y, posiblemente en menor medida, los huertos. Distinto es el caso de los prados, pues todo prado que tenga fuero de tal debe tener una cerca «A cabo de VIII passadas, V zespedes uno(s) super otros», que se reforzaría en determinadas situaciones<sup>16</sup>. Pero al margen de esta excepción, que también afecta a los alcáceres y huertos «de las fronteras», la concentración en pagos posibilitaría su inclusión dentro de los campos abiertos, señalándose simplemente sus límites de diversas maneras<sup>17</sup>.

Se daría, por tanto, un predominio de los espacios abiertos frente a los cercados, que incluyen las zonas aledañas a los centros de hábitat y espacios de gran tránsito (dehesas, caminos,...) y, suponemos, a aquellos cultivos (viñas especialmente) que estaban ubicados fuera de sus pagos. Sobre estos últimos sólo se indican las limitaciones de extensión, pero creemos que deberían estar cercados, dado que es su única forma de protección frente a la utilización colectiva del barbecho. En la medida en que, aunque no se mencione, creemos a los huertos agrupados, lo anterior también se aplicaría a ellos.

A esto hay que añadir que los espacios diseminados entre tierras de cereal, por las limitaciones e inconvenientes a que están sujetos, tenderían a disminuir, de ahí

<sup>13</sup> En relación a las heredades de cuadrilla (los cuadrillarios serían repartidores) se señala que «las terras que germanas deben ser, midanlas e eguenlas» (*Fuero de Cáceres*, 89; en el mismo sentido, 108). Es posible que esta disposición haga alusión a la existencia en el reparto del término de normas en lo relativo a la extensión de los predios en función, quizás, de los grupos sociales, lo que generaría una variedad no muy elevada. De todos modos las dos rúbricas son de difícil interpretación.

<sup>14</sup> *Fuero de Cáceres*, 406: «Desdel dia de San Miguel fasta dia de pasqua, non entren cabanas de oues, nec de baccas, nec de puercos affumadas entre nuestras labores».

<sup>15</sup> *Fuero de Cáceres*, 160.

<sup>16</sup> *Fuero de Cáceres*, 248.

<sup>17</sup> En relación con las tierras de cereal, R. Pastor, «Ibid», señalaba que se organizaban en «un paisaje casi homogéneo de campos abiertos» (p. 205); además, las cercas eran poco frecuentes tanto para las viñas como para otros tipos de cultivo (tanto cerca como lejos de Toledo) (pp. 201 y 214).

que la evolución de la organización del espacio bajo las directrices del fuero llevaría a su reducción a un nivel muy bajo, casi sin importancia, y a la consiguiente disminución de tierras cercadas.

Lo que hemos señalado hace referencia a las tendencias derivadas de las disposiciones forales; pero una fuente normativa no puede dibujarnos la situación concreta en el lugar estudiado, en este caso, de nueva ocupación cristiana. Sin embargo, refleja en mayor medida la realidad existente en las zonas septentrionales, de más antigua ocupación, que intenta copiarse.

El modelo espacial que se nos ofrece es producto de una evolución hacia una ordenación colectiva. Si bien la libertad es amplia y las normativas no son vinculantes, el espacio ha dejado de tener un carácter anárquico, estando en una situación intermedia entre uno de este tipo y otro con hojas de cultivo constituidas. El interés por aprovechar el barbecho revela una cierta densidad (o quizás, el interés por reservar para las mayores cabañas los pastos de los *extremi*, que deberían ser numerosos, lo que incidiría negativamente sobre el bosque). La situación que define el fuero es consiguiente una situación transitoria dentro del proceso de humanización del paisaje y crecimiento de la población.